



LAS JAIS

ROMMY LE ESPERA

ROMMY (no ponemos el apellido porque es muy conocido y porque no sabemos cómo se escribe) le espera a usted, querido lector, pues ya ve que en su lecho de verano sobra una plaza. Rommy, acalorada por lo que está cayendo, tiene dispuesta su fastuosa mansión y su espaciosa cama, y espera con un peine en la mano al hombre que la despeine. Pero a la entrada de la habitación exige pasaporte, documento de socio del Mercado Común, certificado de haber votado a un socialista, antecedentes penales en Carabanchel, adhesión a algo que no sea el Movimiento y tres pólizas. O sea, no apto para españoles.

Por lo de las pólizas, claro.



LOS BAÑOS DE SOL

Son muchas las señoras que toman inconscientemente el sol, como unas alocadas, en la estación estiva, levantándose la saya hasta tal parte o sacándose una glándula por el escote, para bronceársela. No. La mujer honesta, decente, virtuosa, española, debe aprender a tomar el sol de una puñetera vez, castamente, como la virtuosa madre de la foto (que ha callado su nombre por pudicia). Es muy sencillo, querida amiga: te despojas en tu dormitorio de toda la ropa interior y exterior, cuando estés a solas y nadie te vea, cerrando bien la puerta con llave, por si entran los niños o un valet. Convenientemente desnuda, sales a la calle sin perder la modestia y tomas el microbús que te lleva hasta el

Retiro. En el microbús procura sentarte con las piernas juntas y los brazos honestamente cruzados sobre el pecho. No pierdas nunca la compostura, hija mía.

Una vez en el hermoso parque, elige un rincón soleado y un tronco de árbol caído, del que nadie haya hecho leña aún, como se acostumbra en este país. Allí te sentarás cuidadosamente, sin ofender la inocencia de los niños que juegan ni el pudor de los soldados que se pasean. Y así tomarás el saludable baño de sol estival, honestamente, sin el obscuro alarde de las que se remangan la faldamenta o se sacan la entraña por el descote. Todo es cuestión de principios.



ORNELLA MUTTI SE HA QUEDADO ASI

Por lo visto, Ornella Mutti se había comprado el Kamasutra americano con las ciento veinte posturas para excitar los sentimientos hacia los demás, y de pronto se quedó así en una de las posturas, y ya no puede moverse y lo pasa fatal. Justo castigo a su perversión. Dice el cronista Trialasos, gacetillero del amor (y si no lo dice ya lo dirá) que la Mutti se ha quedado así para siempre y que nunca podrá amar a nadie en ninguna otra postura. Una

estatua de sal, como quien dice, sólo que ya nos gustaría a nosotros chuparnos esa sal, que estamos desalados y ella es pura salazón. Riquísima. Ornella le ha rezado a varias santas y curanderas italianas y de Trípoli para que le vuelvan a su ser, y ha prometido que si se recupera de este lumbago erótico no volverá a incurrir en perversión y utilizará siempre la tradicional postura del misionero o del albañil, que es la autorizada por el Concilio de Trento.